

## PRESENTACIÓN

Mercedes Gómez Blesa  
Catedrática de Filosofía

Desde siempre han sido las mujeres quienes han ido hilando historias mientras las agujas hendían la tela para crear formas caprichosas teñidas de colores. El tiempo lento de la costura, pautado por el ritmo de las puntadas, siempre ha invitado a la intimidad del relato, al susurro de la confesión, pero también a la socarronería del cuento divertido o al pasmo de una historia de terror o de fantasmas. El hilo de las agujas iba ensartando palabras al vuelo e hilvanando la imaginación con el entretenimiento. Por ello, el oficio de tejer y el de contar nacen de un mismo deseo de trazar una urdimbre, de juntar cabos para trenzar un tejido, de enlazar símbolos para bordar un texto. El oficio de la escritura toma sus verbos de la vieja tarea de manejar el huso y la rueca. De ahí que podamos hablar -tomando prestadas las hermosas palabras de Irene Vallejo en *El infinito en un junco*- de “la trama del relato, el nudo del argumento, el hilo de una historia, el desenlace de la narración. Devanarse los sesos, bordar un discurso, hilar fino, urdir una intriga”.

A pesar de la estrecha vinculación que ha existido siempre entre el oficio de la costura y las narraciones orales, el traspaso de esa oralidad a la escritura ha sido muy difícil para la mujer. Escribir es una actividad pública de las que estaban excluidas las féminas, cuyo único reducto existencial era el espacio privado del hogar, alejadas de toda formación. Sin embargo, no olvidemos que el primer texto firmado con clara conciencia de autoría, mil quinientos años antes de Homero, fue de una mujer, Enheduanna, poeta y Suma Sacerdotisa de la ciudad acadia de Ur (2285–2250 a. C.).

Pero no olvidemos que uno de los mayores prejuicios que han guiado la educación femenina de todos los tiempos es la identificación de la mujer con el silencio. El pudor, el recato, la vergüenza a hablar en público ha formado parte importantísima de los buenos modales que había que inculcar en las niñas “decentes”. La moralidad intachable de la mujer ha estado íntimamente emparentada con el aprendizaje del arte de “cerrar el pico”, de permanecer con la boca cerrada. Las chicas debían ser humildes y recatadas, no debían dar guerra, no debían hacerse notar, no debían destacar, no debían hablar. Ya Téano, una de las diecisiete discípulas de Pitágoras, hacía la siguiente advertencia a sus compañeras:

Conviene que la palabra de una mujer recatada no esté en boca de todo el mundo y que tema y se guarde, como de ponerse desnuda delante de extraños, de hacer oír a todos su voz. En la voz trasparece el sentimiento, el carácter y la disposición de quien habla<sup>1</sup>.

Subir a la tribuna representa una amenaza para la supremacía masculina, pues atreverse a alzar en público su voz supone ya una afirmación de su subjetividad, que suele llevar aparejada una reclamación de sus derechos. Recordemos la escena en *La Odisea* en la que Telémaco, hijo de Ulises, le dice a su madre Penélope que guarde silencio, porque “la palabra debe ser cosa de hombres”.

No hemos de olvidar que, en siglos anteriores, ha habido en España enormes prejuicios sociales sobre la figura de la escritora, considerada de moral dudosa por atreverse a introducirse en un territorio eminentemente masculino. Aquellas que osaban traspasar la frontera de la creación eran miradas con desconfianza y estigmatizadas como “marimachos” o “viragos”. Muchas de ellas se veían obligadas a firmar con pseudónimos masculinos para poder publicar y recibir la atención de la crítica. Otras, bajo pseudónimos femeninos, para no avergonzar a sus familias. En fin.... Menos mal que la situación de la escritora ha mejorado ostensiblemente y se ha ganado una mayor visibilidad en los últimos tiempos, pero siguen sin aparecer en la mayoría de los recuentos generacionales que se hacen en las diferentes Historias de la Literatura, y continúan sin estar presentes ni en los manuales de texto, ni en el currículo de primaria y secundaria. No hay referentes femeninos para nuestras adolescentes y jóvenes, no solo en el ámbito de las letras, sino también en el de las ciencias. Las mujeres no forman parte de la visión de mundo que se forja en el sistema educativo. A quien no se le reconocen las contribuciones culturales, no se le concede valor social y, por tanto, se le niega el papel de sujeto protagonista de la cultura y de la historia.

De ahí este monográfico, *El Legado de las escritoras*, que tiene como objetivo indagar en algunos aspectos de las obras de algunas de las literatas más interesantes del XIX y XX. De este modo, Marifé Santiago Bolaños consagra su artículo a una de las literatas españolas más importantes y desconocidas del siglo XIX, Carolina Coronado, ubicándola en el romanticismo europeo, como corriente estética general del periodo, y en el contexto español específico, además de destacar su compromiso como “feminista antes del

---

<sup>1</sup> Loraux, Nicole. *La Grèce au féminin*, Les Belles Lettres, 2003, p. 87 (la traducción es nuestra).

feminismo”, que la hace ser una de las piezas claves de la genealogía intelectual y creativa de las españolas.

Por su parte, Rocío González Naranjo centra su estudio en la figura de María Luz Morales, una de las periodistas más destacadas de la Edad de Plata y la primera directora de un periódico en España durante la guerra. Fue una autora poliédrica, con numerosas facetas como creadora: fue traductora, editora, adaptadora, dramaturga. Una gran trabajadora de la cultura y la educación popular.

Béatrice Rodríguez presta atención al tema del duelo de la maternidad en tres de las poetisas de la generación del 27: Concha Méndez, Ernestina de Champourcín y Carmen Conde. Este motivo temático le permite indagar en las claves interpretativas de sus respectivas poéticas.

También a otra mujer de la generación del 27, en este caso, a la filósofa María Zambrano, dedica su estudio Mercedes Gómez Blesa, donde destacando la actualidad y vigencia de su pensamiento que apuesta por la razón poética como una nueva figura de razón que busca superar la crisis de la Modernidad. Este nuevo modelo raciopoético solo fructificó tras el proceso de desasimilación y nadiación que experimentó la autora a lo largo de cuarenta y cinco años de exilio. De ahí la importancia de esta experiencia radical para poder comprender el pensamiento de la filósofa malagueña.

Marta Blanco analiza la resimbolización del cuerpo femenino en el poemario *Narcisia*, de la poeta cordobesa Juana Castro, considerado un texto fundacional en la poesía escrita por mujeres del s. XX. Dicho poemario supone una ruptura radical con la visión tradicional del mito del origen en la expresión poética en lengua española. En *Narcisia*, la autora resimboliza el cuerpo femenino, asociándolo a un concepto orgánico de lo sagrado que desafía, de esta forma, la imagen masculina de Dios desde un sujeto lírico femenino y erótico, divino e inmanente.

Por último, Ana López-Navajas nos expone el innovador proyecto educativo europeo Erasmus + *Women's Legacy: Our Cultural Heritage for Equity*, cuyo objetivo principal es la inclusión de las mujeres en el currículo de las diferentes materias de la ESO. Sus principales productos son, en primer lugar, un banco de recursos *online* con material pedagógico, que permitirá trabajar en clase los diferentes contenidos temáticos de cada curso con la obra o producciones de estas mujeres y, en segundo lugar, la elaboración de tres catálogos (de arte, de literatura y de música) con el canon femenino de estas tres ramas artísticas. Este proyecto representa un hito en la coeducación en España y en Europa, al contribuir a un cambio de relato histórico en el que las féminas figuran también como co-protagonistas de la cultura de cada época.